

Apuntes de la asignatura Historia y Pensamiento

Por: Pablo Sanahuja Ferrer

8. El Renacimiento

8.1-Definición

¿Qué es el Renacimiento? ¿Qué fue? A la hora de hablar del Renacimiento el presentismo resulta inevitable debido a su ligazón con otro concepto (mejor definido) que lo acompaña y define, aunque sobreviva hasta el presente. Nos referimos al Humanismo. Ahora bien, no hay que confundir ambos conceptos que, aunque vinculados (no pudo haber Renacimiento sin Humanismo y viceversa) no son sinónimos. El Renacimiento contiene el Humanismo, que es parte fundamental de su definición y esencia, lo contiene pero no lo retiene, pues el Humanismo lo trasciende y sobrevive en el tiempo. Realizada esta apreciación, se impone la necesidad definitoria y para ello comenzaremos exponiendo la visión clásica, aquella según la cual el Renacimiento humanista o Humanismo renacentista puso fin a la oscuridad de la Edad Media.

El término Renacimiento fue acuñado por el propio Giorgio Vasari en sus *Vidas* (1542-1550) para definir la recuperación de la cultura y las artes de la Antigüedad grecorromana tras mil años de oscurantismo. Era la primera vez que los intelectuales y artistas de diferentes materias tomaban conciencia de formar parte de un movimiento común dotado de características compartidas y que, además, rechazaba la herencia inmediatamente anterior. No es casualidad que la Edad Media reciba esta denominación (“Medium Aevum”, o sea, el tiempo de en medio o la etapa que media entre los antiguos y los renacentistas) y que el arte propio de este tiempo fuera considerado propio de bárbaros, recibiendo más tarde la denominación de “Gótico” por la que actualmente es conocido.

La cronología del Renacimiento se suele fijar entre los siglos XV y XVI, aunque algunos suelen establecer su inicio previamente, dentro del siglo XIV, incluyendo dentro de él a sus precedentes: Dante Alighieri, Francesco Petrarca, Giovanni Boccaccio. En el arte el inicio de este movimiento se suele situar en la obra pictórica y escultórica de Giotto (1267-1337), o incluso antes con el pintor Cimabue (1240-1302) y el escultor Nicola Pisano (1220-1284). ¿Y qué los hacía renacentistas? Básicamente, porque estos artistas

se empezaban a alejar ya de sus contemporáneos y a plasmar en sus obras su preocupación por el naturalismo, la armonía y las proporciones matemáticas, elementos básicos de la producción de los artistas renacentistas. Se sentaban las bases para el despertar de un gran movimiento artístico en la Italia del siglo XV, con artistas que cosechaban diversas disciplinas, estudiaban anatomía y botánica, leían a los autores de la Antigüedad y experimentaban con nuevas técnicas como el claroscuro y la perspectiva. Todo ello para dotar de mayor realismo a sus obras.

Por tanto, la primera definición del Renacimiento es artística, fácilmente apreciable desde el punto de vista material. No obstante, a nosotros nos interesa más la perspectiva filosófica y cultural. Y es aquí donde entra en juego el Humanismo como corriente de pensamiento cultural. Si tuviéramos que reducir el Humanismo a su esencia pronto destacaría su principal rasgo definitorio, el antropocentrismo. Se recuperaba aquella máxima procedente de la Antigüedad, “el hombre medida de todas las cosas”, con unas implicaciones insospechadas por cuanto suponía la renovación de la fe en el ser humano (de ahí el nombre de Humanismo).

Resulta complejo definir el concepto “Humanismo” porque en la actualidad se ha visto deformado por parte de aquellas corrientes arreligiosas que lo reclaman. Para comprenderlo en su contexto es necesario eludirlos. Los humanistas retomaron procedentes de la Antigüedad los “*humanitatis studia*”, término ya presente entonces y que abarcaba materias como la retórica y la dialéctica, y fue Salutati quien los contrapuso a los “*studia scholastica*”, aquellos propios de los intelectuales medievales. Los humanistas reclamaban una plena formación del hombre en todas las materias y por medio de la razón como única herramienta válida para el conocimiento del mundo. Esto suponía atacar el “argumento de autoridad” propio de los escolásticos y que limitaba la diversidad de ideas.

Se lanzaron a la purificación del latín, a la recuperación de una retórica que imitara a los grandes autores romanos (como Séneca y, sobre todo, Cicerón), se rechazaron incluso las tipografías góticas propias del medievo y se buscó la creación de un nuevo tipo de letra que recuperase el espíritu simple y sobrio, fácilmente legible, de la Antigüedad y, principalmente, se lanzaron a la búsqueda de las obras de la Antigüedad. Eso sí, no se limitaron a su búsqueda de estos textos, también los corrigieron, los editaron y devolvieron a su estado original (o el más cercano posible) por medio de la crítica textual, una herramienta que suponía la aplicación de los nuevos argumentos filológicos

y del paradigma racionalista a los textos. Ahora bien, ¿cómo fue esto posible? En el surgimiento de este movimiento participaron diversos factores:

1° La decadencia política del Imperio Bizantino, factor que junto con la mediatización política que sufrió a manos de Génova y Venecia implicó la llegada de intelectuales griegos que reintrodujeron el estudio del griego y aportaron nuevas obras de autores antiguos. El primero fue Manuel Crisoloras, quien enseñó griego en Florencia entre 1396 y 1400. Los intelectuales italianos pudieron así acceder a obras inéditas para ellos, así como disponer de versiones originales de los clásicos griegos. A partir de la conquista turca de Constantinopla se produjo una auténtica diáspora de eruditos griegos hacia Italia.

2° La invención de la imprenta de tipos móviles por Johannes Gutenberg (c. 1440) abarató la producción libraria y permitió la extensión masiva de las ideas de los renacentistas por toda Europa.

3° La llegada de dos renacentistas al solio pontificio, Tomas Paretucelli (Nicolás V) y Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), convirtió a Roma en un centro renacentista de primer orden y, como capital de la Cristiandad, facilitó la expansión de los ideales renacentistas.

4° La extensión de un movimiento de mecenazgo que dotó a los intelectuales de la protección política y los recursos económicos que precisaban para desarrollar su actividad. Los más famosos fueron los Médici en Florencia, pero ni mucho menos fueron los únicos.

5° La disputa por el *Dominium Mundi* entre diferentes actores y la crisis del Papado con el Cisma de Occidente favorecieron el interés de los diferentes poderes políticos por los estudios jurídicos y políticos de la Antigüedad grecorromana.

El punto más sensible a estas transformaciones resultó ser Florencia y, por ello, esta ciudad suele ser presentada como el lugar donde se originó el Renacimiento, siendo su capital. Ahora bien, hubo otras ciudades que rivalizaron con Florencia, desde la propia Roma, hasta Venecia (donde rápidamente se desarrolló la más importante industria editorial de Europa de la mano de Aldo Manucio) y la propia Milán (con el mecenazgo de Visconti y Sforza), sin olvidar la importante Corte napolitana en donde desarrolló su labor Lorenzo Valla. En teoría, desde Italia el movimiento, su arte e ideales, se extendería al resto de Europa, el problema estriba en que Italia no fue el único foco de origen,

también lo fueron los Países Bajos. Fue allí donde la corriente de la Devotio Moderna favoreció la extensión de un nuevo tipo de religiosidad más íntima e individual. Fueron, por tanto, los Países Bajos fundamentales en el surgimiento del Humanismo y ambos marcos geográficos, Italia y Países Bajos, se disputan ser la cuna de este movimiento renovador.

Ahora bien, como apunta Peter Burke, “la paradoja de toda reforma cultural es que los reformadores provienen de la cultura que desean cambiar”. ¿Existió ruptura? ¿eran tan originales los hombres del Renacimiento? La verdad es que no, por mucho que ellos mismos se propugnaran como “restauradores de la Antigüedad” la verdad es que ellos mismos eran medievales. Europa ya había vivido dos renacimientos culturales previos; por un lado, el de época carolingia, ya explicado; por otro, el renacimiento del siglo XII, cuando la recuperación de Toledo para la Cristiandad permitió disponer de los materiales y las herramientas necesarios para acceder a numerosas obras de autores antiguos a través de copias árabes, como Aristóteles (nos referimos a la Escuela de Traductores de Toledo, aunque Sicilia también jugó un papel relevante). Este saber “renacido” pronto encontró en las universidades que se fundarían en el siglo XIII la vía para su expansión, dando lugar al surgimiento del “tomismo”.

Contra el monopolio que alcanzaría el pensamiento aristotélico en Occidente se rebelaría Petrarca, quien en su obra *De sui ipsius et multorum ignorantia* criticaba a la “secta loca y escandalosa de los escolásticos” por su obsesión con Aristóteles. En cambio los renacentistas, gracias a las traducciones griegas, pudieron acceder al conocimiento original de múltiples autores platónicos, de manera que platonismo y agustinismo recuperarían vigor en Occidente tras haber dominado la escena intelectual entre los siglos VIII y XII, al menos. De hecho, los renacentistas se identificaron mejor con los Padres de la Iglesia que con Virgilio o Séneca.

Fue el mismo Petrarca quien acuñó la idea de una Edad Media como una época de oscuridad (“la oscuridad abandonase definitivamente a las generaciones venideras y que pudieran volver al claro esplendor del pasado antiguo”), pero el propio Petrarca era en esencia un hombre medieval, como buena parte de su obra pone de relieve (destacan sus meditaciones tradicionales seguidoras de San Bernardo y San Agustín, así como su fascinación por algunos edificios góticos). Cuando *Salutati* se esforzaba en la recuperación de los *Studia humanitatis* no rechazaba los *Studia divinitatis*, sino que consideraba que se necesitaba a ambos para alcanzar un conocimiento completo. La gran preocupación de los renacentistas fue la misma que la de los Padres de la Iglesia: la

compatibilidad o incompatibilidad del saber antiguo y pagano con el saber cristiano y la Revelación divina. Esta preocupación que parecía haber quedado reducida al mínimo tras la labor sintética y conciliadora de Santo Tomás y la aplicación del argumento de autoridad se recuperaba entonces.

No obstante, ¿qué suponía el argumento de autoridad? A pesar de lo que tradicionalmente se ha indicado, esta máxima propia de los escolásticos hasta el presente no supone la negación de la razón como herramienta de conocimiento, sino la afirmación de sus límites en tanto que facultad humana. La razón, más allá de su idealización como virtud (o divinidad pagana) no podía ser considerada una esencia por cuanto pertenecía al ámbito de lo humano, de lo contingente. Por el contrario, la Revelación pertenecía al ámbito de lo divino, plano superior al que el ser humano podía acceder también por medio de la razón, eso sí la Revelación suponía aquello conscientemente comunicado por Dios al género humano, pero ¿el mensaje se había interpretado bien? ¿se había transmitido correctamente? Estas dudas obligaban a los teólogos (y lo siguen haciendo) a conciliar ambas, Fe y Razón, abriendo un proceso de discusión (“disputatio”) ante la exposición (“expositio”) bien de teorías racionales diferentes o enfrentadas, bien de una contradicción entre la teoría racional y el mensaje revelado. La solución (“aclaratio”) sólo podía ser una, pues única era la Verdad y no podía haber interpretaciones encontradas. Era entonces cuando actuaba el “argumento de autoridad”.

La llegada de nuevas traducciones les hizo patente que su conocimiento de la obra de Aristóteles era limitado, cuando no falso o dudoso, al darse cuenta de la existencia de “pseudo-Aristóteles”, así como de la reaparición de otros filósofos y sus ideas. Se inauguraba un escenario de heterogeneidad y de duda que obligaba a replantearse todo o parte del andamiaje teórico que, conciliando la Revelación con el agustinismo platónico y la obra de Aristóteles, habían construido Santo Tomás y otros eruditos, andamiaje sobre el que se sostenía ese nuevo conocimiento medieval del mundo que los renacentistas denominaron “escolástica” (una perspectiva similar a día de hoy sería denominada como “académica”). El Renacimiento implicó la apertura de la discusión científica a un nuevo plano teórico en el que podían coexistir (que no convivir) teorías y explicaciones diferentes y hasta enfrentadas durante siglos, sin que la comunidad científica pudiera llegar a un consenso hasta que se recogieran las suficientes evidencias y pruebas que permitieran a una teoría imponerse sobre las adversarias (incluso siendo errónea).

En el siglo XVIII Girolamo Tiraboschi hablaba del Renacimiento como la etapa del “descubrimiento de la Antigüedad”, mientras que en el XIX Jules Michelet y Jacob

Burckhardt fueron más lejos afirmando que el movimiento implicaba “el descubrimiento del mundo y del hombre”. La verdad es que durante la Edad Media no se olvidó a la Antigüedad grecorromana, continuó siendo un referente que los medievales se esforzaron por recuperar y conservar. Muchas de las obras que se considera que fueron “redescubiertas” durante el Renacimiento ya eran conocidas previamente, como el tratado de arquitectura de Vitrubio. La diferencia que marcó el Renacimiento fue tanto cuantitativa (gracias a la imprenta) como cualitativa (gracias a la creación de la crítica textual) al rescatar a los autores de la Antigüedad de las “mazmorras de los bárbaros” (Bruni llamaba así a las bibliotecas monásticas).

Por último, desde el punto de vista de la cosmogonía, el Renacimiento no implica la sustitución de Dios por el hombre como centro del Universo, sino que el hombre se situaría en ese centro como la criatura más importante de la Creación y, por ende, “medida de todas las cosas”, mas no podría sustituir a Dios pues este sería superior a su Creación y no precisaría de situarse a su nivel. Implica, por tanto, un cambio de concepciones y de perspectivas que no apartan a Dios como objeto de reflexión, antes lo contrario, lo intensifica por medio de su obra. Ahora bien, el campo de reflexión se abre a nuevas ideas incrementándose los ámbitos de pensamiento, los referentes culturales y los polos de atracción intelectual.

Los humanistas definieron su identidad en contraposición a la Edad Media, la cual inventaron, del mismo modo que inventaron y nombraron un adversario ante el cual batirse, los escolásticos. La sensación de ruptura, de cambio, respecto a la cultura que les rodeaba, a pesar de ser sumamente relativa, es fundamental para comprender la formación de la mentalidad de los humanistas.

8.2- La historiografía

Durante los siglos XV y XVI, las transformaciones socio-políticas, económicas y culturales que dieron origen al Renacimiento en Europa posibilitaron una recuperación gradual de la práctica historiográfica al estilo grecorromano.

En ese nuevo contexto de oscurecimiento de la tutela teológica, los humanistas renacentistas redescubrieron la cultura clásica en su forma original y, entregándose a su estudio, interpretación y traducción a lenguas vernáculas, generaron una nueva conciencia histórica: «un sentido de la perspectiva temporal... nacido a la par que los pintores

italianos comenzaban a representar las figuras de acuerdo con las leyes de la perspectiva espacial». Al menos desde Petrarca (1304-1374), la conciencia de anacronismo, de «sentido de la discontinuidad histórica», de necesaria atención a las circunstancias de tiempo y lugar como magnitudes significativas e irrecusables, fue abriéndose paso entre los humanistas. Todo ello al compás de una transcendental periodización profana de la Historia de estructura ternaria (Antigüedad, Medievo y Modernidad), cuyo origen religioso pudiera estar en el esquema de las tres edades (del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo) propugnado por el fraile visionario Joaquín de Fiore en el siglo XII.

En definitiva, mediante sus estudios y traducciones, los humanistas renacentistas empezaron a comprender que los acontecimientos de la Historia antigua y los bíblicos estaban separados de su propia época no sólo por el transcurso del tiempo sino también y sobre todo por la diferencia radical en las condiciones de vida. Y de ese modo, la experiencia intelectual del cambio de los procesos culturales a lo largo del tiempo, la atención a la distancia temporal y al tiempo pasado como tiempo extraño, hicieron brotar la conciencia y perspectiva histórica. En esta transformación, no cabe olvidar el poderoso influjo de la nueva máquina para medir el tiempo que se popularizó a fines del siglo XIV en las ciudades: el reloj mecánico, caracterizado por su regularidad, precisión y constancia. Una máquina situada, según Lewis Mumford, en «el origen mismo de la técnica moderna»:

Las nubes que podían paralizar el reloj de sol, el hielo que podía detener el reloj de agua una noche de invierno, no eran ya obstáculos para medir el tiempo: verano e invierno, de día o de noche, se daba una cuenta del rítmico sonar del reloj. [...] La medición del tiempo pasó al servicio del tiempo, al recuento del tiempo y al racionamiento del tiempo. Al ocurrir esto, la eternidad dejó poco a poco de servir como medida y foco de las acciones humanas.

La República de Florencia fue la cuna de los primeros historiadores humanistas que reactualizaron en sus obras el modelo clásico de relato profano, racionalista e inmanentista, bajo el nuevo paradigma de la conciencia de perspectiva temporal y sentido del anacronismo. Leonardo Bruni, canciller de la ciudad, redactó entre 1415 y 1444 sus *Doce libros de historia florentina* basándose y citando extensamente documentos de los archivos oficiales. Nicolás Maquiavelo (1469-1527), que fuera secretario de la cancillería, escribió en la misma línea su propia *Historia de Florencia* y un famoso ensayo histórico-político de gran influencia posterior: *El Príncipe*. Finalmente, Francesco

Guicciardini (1483-1540), embajador de la República, publicó una *Historia de Italia* que comenzaba en 1494, fecha del inicio de la intervención militar francesa en la península y de la nefasta internacionalización de los conflictos entre las ciudades italianas.

En consonancia con la naturaleza de sus autores (funcionarios y políticos) y con la influencia de los modelos clásicos, la historiografía florentina era básicamente política, militar y diplomática, sin pretensiones moralizantes o religiosas (de ahí el llamado realismo amoral maquiavélico), pero con intención de enseñar lecciones políticas a los ciudadanos y gobernantes y de legitimar derechos ejercidos o pretendidos por la República. Y a la par, estaba escrita con esmero literario, preocupación estilística y apoyatura en la documentación archivística oficial.

El modelo historiográfico florentino tuvo su eco y reflejo entre los historiadores humanistas del resto del continente. De este modo, imitando sus características formales y metodológicas, surgió una notable producción histórica (multiplicada y difundida por la imprenta) que difería sensiblemente de la historiografía bajo-medieval precedente. Además, también se produjo un cambio notable en la procedencia y composición social de los nuevos autores de historias: entre ellos abundaban cada vez más los elementos laicos y cortesanos frente a los clérigos.

La nueva conciencia temporal de los humanistas renacentistas, su sentido de la perspectiva histórica y de la atención irrecusable debida a las circunstancias de espacio y tiempo, fue cristalizando a medida que estudiaban los textos de autores clásicos redescubiertos y solucionaban los problemas planteados por su interpretación y traducción a las distintas lenguas vernáculas. Y de esta paciente labor de análisis filológico comparativo para obtener el sentido literal de los textos clásicos fue desprendiéndose la disciplina histórica, el oficio cuasiartesanal, que habría de estar en el origen de la historia científica del siglo XIX: la erudición crítica documental.

El humanista y escritor Petrarca fue quizá el primero en transitar esta vía de la crítica histórica al denunciar como fraudulento el pretendido pergamino de Julio César en el que cedía a la casa de los Habsburgo la jurisdicción sobre el territorio de Austria: «¿Quién no aprecia cuán falso y ridículo es que Julio César se llame a sí mismo Augusto? Creí que todos los escolares sabían que ese título sólo comenzó a ser utilizado por su sucesor».

Pero sin duda, el gran triunfo en esa primera roturación racionalista del material histórico fue el descubrimiento del fraude de la supuesta «Donación de Constantino», según la cual el emperador había entregado al papa Silvestre y a sus sucesores la autoridad

sobre Roma y todo el Imperio de Occidente. Lorenzo Valla (1407-1457), humanista al servicio del rey de Nápoles (enfrentado a las pretensiones políticas del papado), descubrió la superchería mediante una demoledora crítica interna del documento, mostrando su anacronismo respecto al latín del siglo IV y sus errores e inexactitudes gramaticales, jurídicas, geográficas y cronológicas. De hecho, se trataba de una burda falsificación del siglo VIII que había servido para inducir a Pipino el Breve a reconocer la soberanía territorial del Papa. No cabe minusvalorar la importancia de estos hechos: por vez primera, la crítica documental lograba una verdad histórica, aunque fuese negativa, demostrando el carácter fraudulento de unos documentos; es decir, se destituía a los mismos de su condición de reliquia histórica. Y en este sentido, es justa la afirmación de que Petrarca y Valla son «padres fundadores de la erudición histórica moderna».

Por otra parte, la emergente crítica histórica fue deudora del paciente trabajo de los llamados *anticuarios*: coleccionistas, clasificadores y estudiosos de reliquias, obras de arte y textos antiguos. Entre todos ellos destacó Flavio Biondo, notario apostólico y editor de *Roma instaurata* (1446), una recopilación de fuentes sobre la antigua ciudad de Roma y descripciones de los restos arquitectónicos y urbanos obtenidas mediante visitas e inspecciones topográficas. La disciplina de la numismática fue creada por el francés Guillaume Budé, bibliotecario de Francisco I y autor del estudio *De asse et partibus eius* (1514), el primer tratado sistemático sobre la moneda romana. Otro humanista francés, Joseph Justus Scaliger, estableció las bases de la moderna cronología histórica con su monumental obra *De emendatione temporum* (1583). Y al comienzo del siglo XVII, el flamenco Jan Gruter publicó el *Corpus inscriptionum antiquarum*, el primer repertorio sistemático de inscripciones latinas clásicas, para el cual Scaliger redactó el índice y sentó las bases de la futura epigrafía.

Esta labor de anticuarios eruditos fue acompañada y favorecida por cambios institucionales notables: la organización de los primeros archivos estatales nacionales y la formación de las primeras grandes bibliotecas públicas o semipúblicas. Así, por ejemplo, hacia 1450 fue organizada y sistematizada para uso de la Curia romana la Biblioteca Vaticana, el mayor repositorio bibliográfico y documental de toda la cristiandad. Por su parte, en España, el emperador Carlos I dispuso en 1543 que se concentraran en el castillo y fortaleza de Simancas (Valladolid)

[...] ciertas escrituras concernientes a nuestra real corona y real patrimonio y a otras cosas para que en ésta estén mejor guardadas y puedan ser consultadas más fácilmente por nuestros fiscales y por las

personas que hayan menester.

El inicio de la Reforma religiosa en Alemania en 1517 y las consecuentes disputas religiosas entre católicos y protestantes en toda Europa acentuaron enormemente los avances en las técnicas de estudio crítico filológico y documental. Así, un equipo de historiadores luteranos, dirigido por Flacius Illyricus, emprendió la tarea de redactar una Historia eclesiástica basándose en la edición crítica y exégesis de textos originales cristianos. El resultado fueron los trece volúmenes llamados *Centurias de Magdeburgo* (porque el relato se vertebraba sobre períodos de cien años: origen de la periodización secular). Se trataba de una Historia de la Iglesia que llegaba al siglo XIII y cuya primera edición apareció entre 1539 y 1546. Naturalmente, el deseo de los historiadores luteranos de recuperar y enlazar con la tradición cristiana primitiva, antes de su supuesta corrupción por la Iglesia romana, tenía una intencionalidad manifiesta: demostrar la falta de base histórica de las pretensiones políticas y dogmáticas del Papado.

La respuesta católica al desafío de las *Centurias* fue obra del cardenal César Baronio, cuyos 38 volúmenes de *Annales ecclesiastici* (primer volumen, 1588) constituían una historia de la Iglesia también apoyada en documentación original contrastada y criticada. Y dada la abundancia de citas y referencias, Baronio introdujo un mecanismo para aligerar el texto principal que tendría amplio curso posterior: las notas marginales donde se daban las referencias exactas y minuciosas sobre los documentos o citas recogidos en el texto.

En definitiva, de la controversia religiosa, coetánea con las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, surgió una Historia eclesiástica que había perdido su carácter sacro y había devenido en relato racionalista, erudito al modo renacentista y conscientemente demostrativo y polémico. Bajo ese modelo, los historiadores jesuitas, organizados en equipo bajo la dirección de Jean Bolland (de ahí su apodo de «bolandistas»), comenzaron en Amberes la edición de las *Acta sanctorum* (primer volumen, 1643): relatos de las vidas de los santos basados en un examen crítico de las fuentes disponibles y descartando los aspectos legendarios y documentos fraudulentos.

Por su parte, los benedictinos parisinos de la congregación de Saint-Maur (los «mauristas») iniciaron una empresa similar de edición crítica de las vidas de los santos de la orden benedictina en 1668. Y sería un benedictino maurista, Jean Mabillon (1632-1707), quien daría un impulso crucial al método histórico crítico hasta el punto de ser llamado «el Newton de la Historia». En 1681, Mabillon publicó su famosa *De Re*

Diplomatica, estableciendo las reglas de la disciplina encargada de analizar, verificar y autenticar los documentos históricos (los «diplomas») para descubrir el texto original, sus interpolaciones, modificaciones y manipulaciones a lo largo del tiempo. Y todo ello atendiendo a sus características gráficas, estilísticas y formales (tipo de letra, abreviaturas, vocabulario, invocaciones, fórmulas, etc.) y a sus modos de datación, rúbrica y sellado. Es decir, las reglas sistemáticas para alcanzar un conocimiento cierto y verdadero sobre el carácter histórico o fraudulento de ese material documental.

A partir de 1681 («una gran fecha en la historia del espíritu humano», según el gran historiador francés Marc Bloch), la erudición crítica, pertrechada de reglas de análisis filológico, paleográfico, diplomático, cronológico, numismático y sigilográfico, prosiguió su roturación racionalista del material y las reliquias históricas y abrió el camino para la transformación de la Historia en una disciplina científica a lo largo del siglo XVIII. Y ello sin menoscabo de la vigencia y resistencia de interpretaciones históricas generales de matriz teológica. No en vano, el mismo año en que Mabillon publicó su magna obra, el obispo Bossuet editó su *Discurso sobre la historia universal* (para uso del Delfín de Francia, su discípulo) reiterando la tesis de que todo el curso de la Historia humana estaba guiado y sometido a los designios inescrutables de la Divina Providencia:

Dios, desde lo alto de los cielos, tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos, así como también tiene en las mismas todos los corazones. [...]. Él es quien prepara los efectos en las causas más lejanas, y quien descarga estos grandes golpes, cuyas resultas hácese sentir tan de lejos. Cuando quiere soltar las riendas y destruir los imperios, todo es débil e irregular en los gobiernos que los rigen. [...] porque es quien da y quien quita el poder, quien le transfiere de un hombre a otro, de una dinastía a otra, de un pueblo a otro, para manifestar a todos que le tienen prestado, y que Él es el único en quien reside naturalmente. [...] Sólo Dios es el que lo tiene todo en su mano, quien sabe el nombre del que es, y del que no existe todavía; quien preside a todos los tiempos, y previene todos los juicios de los hombres.

Ciertamente, el surgimiento de la ciencia de la Historia, tal y como se practica hoy en día, no tuvo lugar hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX. Con anterioridad, como hemos visto, la tradición del género literario histórico basado en los modelos clásicos y la nueva tradición de erudición y crítica documental se habían ignorado mutuamente. A este respecto, es un lugar común recordar la anécdota del abad de Verter (1655-1735), quien habiendo escrito el relato del sitio de Rodas por los turcos en 1565, vio que le aportaban documentos nuevos y los rechazó diciendo: «Mi historia del sitio ya está hecha». También es indicativo del divorcio entre ambas tradiciones el episodio

protagonizado por el padre Daniel, historiógrafo oficial de Luis XIV, a quien le fue encomendado escribir una historia del Ejército francés: fue introducido en la biblioteca real para mostrarle miles de volúmenes que podrían serle útiles en su tarea y, tras consultar algunos de ellos durante una hora, declaró finalmente que «todos esos libros eran papelería inútil que no necesitaba para escribir su historia».

8.2.1- Nicolás Maquiavelo (1469-1527)

Nacido en una noble familia florentina, había participado activamente en la vida política de Florencia como secretario de la cancillería cuando su implicación en una conspiración le acarreó el destierro. Además de la experiencia personal y su participación en la vida política interior, su participación en varias embajadas representando a Florencia, le facilitaron el conocimiento de la acción política de príncipes vivos con los que él se relacionó: Francisco Sforza, César Borgia y Fernando el Católico, entre otros.

Para Maquiavelo la historia es «maestra de la vida», rememorando el pensamiento de Cicerón, pero no tanto porque la historia se repita, cuanto por la similitud que los acontecimientos del pasado tienen con los del presente, esto es, con aquellos con los que tiene que enfrentarse el político, el príncipe actual. Este, con su conocimiento del pasado, podrá encontrar soluciones a los problemas que se le presenten. Esa similitud entre el pasado y el presente les viene de que la historia es como un fenómeno cíclico e invariable en su esencia, porque invariable es la naturaleza del hombre, que es quien construye la historia, y el hombre antiguo como el presente están sometidos a las mismas pasiones, a idénticos intereses; pero debido a su libertad, el hombre es el verdadero responsable de sus aciertos y de sus fracasos porque es él quien toma las decisiones. Vuelve por tanto a tomar fuerza el carácter pragmático de la historia tal como lo habían defendido los clásicos y que, como hemos visto con anterioridad, nunca fue olvidado, incluso, durante la Edad Media; ahora el providencialismo ha quedado a un lado.

En sus obras: *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, *El Príncipe*, *El arte de la guerra*, *Historias florentinas*, etc., restablece el principio formulado en la Antigüedad clásica según el cual el hombre es la medida de todas las cosas. Si el hombre es la medida de todas las cosas, los hombres destacados en una sociedad pueden ser tenidos como ejemplos a imitar por los demás. Por el contrario, Maquiavelo, da por supuesto y en ello se apoya, que todos los hombres son malos y que hacen uso de esa maldad cada vez que tienen ocasión para ello; los hombres son por naturaleza ingratos,

volubles, fingidos, ávidos de ganancias y están siempre dispuestos a huir de los peligros. Expone el principio del utilitarismo en el comportamiento del hombre, y la vida humana en relación con la moral queda reducida a la ética del interés.

Para Maquiavelo, el Príncipe debe estar dotado de la «virtud», esto es, de capacidad racional, habilidad, energía para tomar con prontitud las decisiones, ironía, la astucia de la zorra y la fuerza del león, sin olvidar la prudencia; podrá hacer uso de la violencia y hasta de la crueldad si fuera necesario; se esforzará más en parecer que en ser; cuidará de su imagen ante el pueblo y evitará en todo momento el odio y el desprecio del pueblo, basando su buena imagen en la relación con el pueblo y no con las minorías. Se han entendido estas recomendaciones o exigencias de Maquiavelo como equivalente al principio de que «el fin justifica los medios» (Maquiavelo nunca llegó a expresar esta máxima), vía por la cual ni Dios ni la moral tienen nada que ver en el desarrollo de los ciclos de la historia y que viven el mismo tiempo los hombres que acomodan su vida a la moral que aquellos que hacen lo contrario, pues tanto unos como otros están sometidos a las exigencias de las leyes del tiempo y del ciclo en que les tocó vivir.

Introduce Maquiavelo en el desarrollo de la vida del hombre el elemento de la Fortuna, tal como lo habían considerado los clásicos greco-latinos, como una fuerza irracional que desbarata lo que el hombre con su capacidad racional, es decir, con su virtud intenta organizar. Pero este pensamiento no es obstáculo para afirmar que el conocimiento del pasado de los pueblos es de gran utilidad para conocer el desarrollo de la sociedad actual.

Los clásicos moldearon su pensamiento. Roma era para Maquiavelo el modelo de la fuerza, la valentía, la acción de Estado y la milicia; un Estado fuerte y unido, frente a la debilidad y desunión de la Italia que él estaba viviendo, se convertiría en la idea central y sería formulado por el autor como el objetivo prioritario del príncipe una vez que tuviera el poder. Tras su pensamiento se detecta la concepción de la historia de Polibio, Tito Livio, Tácito, Jenofonte, Plutarco, Salustio, Virgilio, etc. Las obras de unos y otros, tanto griegos como latinos, aportarían la idea de Estado, aunque parece evidente que la máxima inspiración depende de la historia de Roma; los héroes de Maquiavelo hay que buscarlos en el Capitolio romano.

8.2.2- Francesco Guicciardini (1483-1540)

Abogado, político que entre otros cargos ocupó el de embajador de Florencia ante Fernando el Católico; los vaivenes políticos le apartaron de la vida política activa. Escribe

la historia desde la perspectiva del hombre que ha conocido la acción política y sus formas, aspecto por el que nos recuerda a Tucídides, aunque también sigue a Tácito. Su obra *Historia de Italia*, es una muestra de la aplicación del principio de reflexión y análisis de todo y de todos los elementos que componen el devenir histórico. Todo es observado de nuevo y todo es valorado de nuevo. No perdona nada ni a nadie: ni creencias, ni soberanos, ni pueblos. Se detiene, por un lado, en reconstruir de forma racional los distintos componentes de la actividad del hombre individual a quien, como buen renacentista, estudia incluso desde el ángulo de los estados anímicos; de otro lado, analiza y establece no sólo la fuerza de los protagonistas, sino también la de las multitudes, elemento del desarrollo histórico, que ahora adquieren un gran relieve. Le interesa sobre todo el establecimiento de los hechos «en sí y por sí», y en ningún caso enjuiciarlos.

En su pensamiento aparece con fuerza el azar y afirma que la fortuna, esto es, los movimientos fortuitos que aparecen constantemente y no pueden ser prevenidos por los hombres, juegan un papel destacado en el devenir histórico. Señala que debido a la importancia de las volubles circunstancias, el conocimiento del pasado tiene escasa utilidad para predecir el futuro.

Estudia todos los acontecimientos de su tiempo y explica la relación de unos hechos con otros como formando parte de un todo que trata de describir en su historia y que explica de forma perfectamente inteligible. Sigue a los clásicos y hace una exposición racional y causal de los hechos.

Para Guicciardini, como para otros contemporáneos suyos, los hombres se dejan arrastrar al mal de manera casi regular. Realiza un despiadado análisis de la irracionalidad humana. Por si la fuerza de la diosa fortuna no fuera suficiente para afirmar la incertidumbre en la acción política, aún debemos contar, nos dice, con las acciones del pueblo, «animal loco, lleno de mil errores y de mil confusiones, inestable...». Descubre y destaca que la actividad política se desenvuelve en un plano acristiano ya que en ella prima «la razón y el uso de los Estados», aunque no admite que Dios se mantenga al margen del desarrollo histórico.